

traeréis la suerte! Tomad, ahí van mis últimos cien francos....

Y sacó cinco monedas de oro de una bolsa cuyos cordones estaban adornados de diamantes. Oscar sacó sus cien francos en piezas de á cien sueldos, avergonzado ya de mezclar innobles escudos con monedas de oro. En diez vueltas, la actriz perdió los doscientos francos.

—Vaya, es una bestialidad!—exclamó. Voy á tomar la banca, yo! Seguimos en compañía, no es verdad? dijo á Oscar.

Fanny Beaupré se habia levantado, y el jóven escribiente, que se vió, como ella, objeto de la atencion de toda la mesa, no se atrevió á retirarse diciendo que su bolsa alojaba al diablo. Oscar se encontró sin voz, su lengua, ya torpe, quedó pegada á su paladar.

—Préstame quinientos francos!—dijo la actriz á la bailarina.

Florentina trajo quinientos francos que fué á quitar á Jorge que acababa de pasar ocho veces al ecarté.

—Nathan ha ganado mil doscientos francos,—dijo la actriz al escribiente, los banqueros ganan siempre, no dejemos que *nos fastidien*, le sopló al oido. Las personas de corazon, de imaginacion y de arranque, comprenderán que el infeliz Oscar abriese su cartera y sacase el billete de quinientos francos. Miraba á Nathan, el célebre autor, que otra vez en compañía de Florina se puso á jugar fuerte contra la banca.

—Ea, pequeñito, meted mano,—le gritó Fanny Beaupré, haciendo signo á Oscar de coger doscientos francos que Florina y Nathan habian apuntado.

La actriz no economizaba las chanzas y las burlas

á los que perdian. Animaba el juego con muecas que á Oscar le parecian bien singulares; pero la alegría ahogó estas reflexiones, porque las dos primeras vueltas produjeron una ganancia de dos mil francos. A Oscar le daban tentaciones de fugir una indisposicion, y de escapar abandonando á su compañera; pero *el honor* le clavaba allí. Otras tres vueltas se llevaron los beneficios. Oscar sintió en el espinazo un sudor frio. Se le fué del todo la borrachera. Las dos últimas vueltas se llevaron los mil francos de la sociedad; Oscar tuvo sed y engulló trago tras trago, tres vasos de ponche helado. La actriz condujo al pobre escribiente al dormitorio, contándole paparruchas. Pero una vez allí, el sentimiento de su culpa abrumó de tal manera á Oscar, á quien el semblante de Desroches apareció como en sueños, que fué á sentarse en una magnífica otomana, en un rincón sombrío; se cubrió los ojos con un pañuelo; ¡lloraba! Florentina aperebió esta postura del dolor que posee un carácter sincero y que debia impresionar á una bufa; corrió hácia Oscar, le quitó su venda, vió las lágrimas y le condujo á un *boudoir*.

—¿Qué te pasa, hijito?—le preguntó.

A esta voz, á esta pregunta, á este acento, Oscar que reconoció una bondad maternal en la bondad de la jóven, respondió:

—He perdido quinientos francos que mi principal me habia entregado para retirar mañana un fallo; no me queda otro recurso que echarme al rio, estoy deshonrado...

—Sois tonto?—dijo Florentina, esperadme aquí, voy á traeros mil francos, procurareis desquitaros del

todo; pero no arriesgueis más que quinientos francos, á fin de conservar el dinero de vuestro principal. Jorge juega admirablemente al *ecarté*, apostad en su favor....

En la cruel situación en que se encontraba Oscar, aceptó las proposiciones de la dueña de la casa. Ah! se dijo, sólo las marquesas son capaces de estos rasgos... Bella, noble y riquísima, qué feliz es Jorge! Recibió de Florentina los mil francos en oro, y fué á apostar por su mistificador. Cuando Oscar se colocó á su lado, Jorge había pasado cuatro veces. Los jugadores vieron llegar con gusto á este nuevo contricante, porque todos, con el instinto de los jugadores, se colocaron al lado de Giroudeau, el viejo oficial del Imperio.

—Caballeros,—dijo Jorge, vuestra desercion será castigada, me siento inspirado, vamos, Oscar, les derrotaremos!

Jorge y su parcial perdieron cinco partidas seguidas. Despues de haber malversado sus mil francos, Oscar, de quien se apoderó la rabia del juego, quiso tomar las cartas. Por efecto de una casualidad bastante comun en los que juegan por primera vez, ganó; pero Jorge le embrolló la cabeza con sus consejos; deciale que echara cartas y con frecuencia se las arrancaba de las manos, de manera que la lucha entre estas dos voluntades, entre estas dos inspiraciones, secó el chorro de la fortuna. Así es que, á eso de las tres de la mañana, despues de los vaivenes de la suerte y de ganancias inesperadas, bebiendo siempre ponche, Oscar llegó á no tener mas que cien francos. Se levantó con la cabeza pesada y sin tino, dió algu-

nos pasos y cayó en el *boudoir* sobre un sofá, con los ojos cerrados por un sueño de plomo.

—Marietta,—decia Fanny Beaupré á la hermana de Godeschal que habia llegado á las dos de la madrugada, quieres comer aquí mañana? Vendrá mi Camusot con el padre Cardot, les haremos rabiar?

—Cómo!—exclamó Florentina, si mi viejo chino no me ha avisado!

—Esta mañana debe venir á participarte que canta la madre Godichon,—prosiguió Fanny Beaupré, al menos es justo que ese pobre hombre estrene su habitacion.

—Lléveselo el diablo con sus orgías!—exclamó Florentina. El y su yerno son peores que magistrados ó que directores de escena. Despues de todo, se come muy bien aquí, Marietta, dijo á la primera bailarina de la Opera, Cardot ordena siempre el *menu* en casa de Chevet; ven con tu duque de Maufrigneuse, nos reiremos, les haremos bailar como Tritones!

Al oír los nombres de Cardot y Camusot, Oscar hizo un esfuerzo para vencer el sueño; pero sólo pudo balbucear una palabra que no fué oída, y cayó de nuevo sobre el sedoso almohadon.

—Toma, te has arreglado para pasar la noche,—dijo riendo Fanny Beaupré á Florentina.

—Oh! pobre muchacho! está ébrio de ponche y de desesperacion,—es el segundo escribiente del estudio donde trabaja tu hermano,—dijo Florentina á Marietta, ha perdido el dinero que su principal le habia entregado para asuntos del estudio. Quería matarse y le he prestado mil francos que esos bandidos de Finot y Giroudeau le han ganado. ¡Pobre inocente!

—Pero es preciso despertarle,—dijo Marietta, mi hermano no admite bromas, ni su principal tampoco.

—Oh! despiértale tú si puedes, y llévatelo,—dijo Florentina volviendo á sus salones para despedir á los que se marchaban.

Se pusieron á bailar unas danzas llamadas de carácter, y al amanecer, Florentina se acostó, fatigada, sin pensar en Oscar, de quien nadie se acordó, pero que dormía con el sueño más profundo. Hacia las once de la mañana, una voz terrible despertó al escribiente, quien, al reconocer á su tío Cardot, creyó salir del apuro fingiendo dormir y permaneciendo con el rostro pegado á los hermosos almohadones de terciopelo amarillo, sobre los cuales había pasado la noche.

—Verdaderamente, mi querida Florentina,—decía el respetable anciano, esto no es cuerdo ni bonito, has bailado ayer en *las Ruinas* y has pasado la noche en una orgía?... Pero eso es empeñarte en perder tu frescura, sin contar que es una verdadera ingratitud inaugurar estas magníficas habitaciones, sin mí, con extraños, sin saberlo yo!... Quién sabe lo que ha sucedido?

—¡Viejo mónstruo!—exclamó Florentina, no poseeis una llave para entrar á todas horas en mi casa? El baile ha terminado á las cinco y media, y teneis la crueldad de despertarme á las once!...

—Las once y media, Titina,—observó humildemente Cardot, he madrugado para encargar á Chevet una comida de arzobispo.... Han estropeado las alfombras, á qué gente has recibido, pues?...

—No debierais quejaros de ello, porque Fanny

Beaupré me ha dicho que vendriais con Camusot, y por complaceros he convidado á Tullia, du Bruel, Marietta, el duque de Maufrigneuse, Florina y Nathan. De manera que tendreis las cinco criaturas más hermosas que jamás se hayan visto á la luz de una lámpara.... Y os bailarán pasos de Zéfiro.

—Es matarse llevar semejante vida!—exclamó el padre Cardot, cuántos vasos rotos!.... Qué saqueo! La antesala da horror!....

En este momento, el agradable anciano quedó estúpido y como encantado, semejante á un pájaro atraído por un reptil. Divisaba el perfil de un cuerpo joven, vestido de paño negro.

—Ah! Mlle. Cabirolle!—dijo al fin.

—Bien, y qué?—preguntó ella.

La mirada de la bailarina siguió la dirección de la del padre Cardot; y cuando hubo reconocido al segundo escribiente, se vió acometida de una risa loca que no sólo interrumpió al anciano, sino que obligó á Oscar á presentarse, porque Florentina le cogió del brazo y estalló de risa al ver las dos caras contritas del tío y del sobrino.

—¿Vos por aquí, sobrino?

—Ah! es sobrino vuestro?—exclamó Florentina cuya loca carcajada le acometió de nuevo. Jamás me habíais hablado de ese sobrino. Por lo visto, Marietta no os ha llevado consigo?—dijo á Oscar que quedó petrificado. ¿Qué va á ser de este pobre muchacho?

—Lo que él quiera,—replicó secamente el buen Cardot, que se dirigió á la puerta para salir.

—Un momento, papá Cardot, vais á sacar á vuestro sobrino del mal paso en que se halla por culpa

mia, porque ha jugado el dinero de su principal, quinientos francos, que ha perdido, sin contar mil francos míos que le he dado para desquitarse.

—¡Desgraciado! has perdido en el juego mil quinientos francos, á tu edad!

—Oh! tío! tío!... —exclamó el pobre Oscar, á quien estas palabras sumergieron en todo el horror de su situación, y que cayó de rodillas ante su tío, con las manos juntas. Son las doce del día, estoy perdido, deshonrado!... M. Desroches no se apiadará de mí!... Se trata de un asunto importante en el cual se halla interesado su amor propio. Yo debia ir esta mañana á pedir al escribano el fallo Vandenessé contra Vandenessé!... Qué es lo que ha pasado?... Qué va á ser de mí?... Salvadme, os lo pido por la memoria de mi padre y de mi tía!... Venid conmigo á casa de Desroches, explicadle esto, inventad algun pretesto!...

El llanto y los sollozos interrumpian estas palabras que hubieran enternecido á las esfinges del desierto de Lungsor.

—Y bien! viejo tacaño,—exclamó la bailarina, que lloraba, permitireis que se deshonre vuestro propio sobrino, el hijo del hombre á quien debeis vuestra fortuna, porque se llama Oscar Husson!... Sálvale, ó Titina te abandona por su milord!...

—¿Pero cómo se halla aquí?—preguntó el anciano.

—Eh! por haber olvidado la hora de ir por el documento de que habla, no veis que se ha achispado, que ha caído aquí, rendido de sueño y de fatiga?... Ayer, Jorge y su primo Federico han obsequiado á los escribientes de Desroches en el Rocher de Cancale.

El padre Cardot miraba á la bailarina, vacilando.

—Vaya, pues, viejo mono, crees que no le hubiera ocultado mejor, si hubiese ocurrido lo que te figuras? —exclamó.

—Toma, ahí tienes quinientos francos, pícaro! —dijo Cardot á su sobrino, es lo último que hago por tí!... Ve á componértelas con tu principal, si puedes. Devolveré los mil francos que te ha prestado esta señorita; pero no quiero oír hablar más de tí.

Oscar escapó sin querer oír más, pero una vez en la calle, no supo á donde dirigirse. La casualidad que pierde á las personas y la casualidad que las salva, hicieron esfuerzos iguales en pró y en contra de Oscar, en aquella terrible mañana; pero éste debia sucumbir, tratándose de un principal que no desistía de un asunto una vez entablado. Al regresar á su casa, Marietta, asustada de lo que podia ocurrir al pupilo de su hermano, habia escrito á Godeschal, incluyéndole un billete de quinientos francos, poniendo al corriente á su hermano de la embriaguez y las desgracias sobrevenidas á Oscar. Esta excelente jóven se durmió recomendando á su doncella que llevase este recado á casa de Desroches antes de las siete. De su parte, Godeschal, levantándose á las seis, no encontró á Oscar. Lo adivinó todo. Tomó quinientos francos de sus economías y corrió en busca del fallo, á fin de presentar á las ocho la notificación á la firma de Desroches. Este, siempre levantado á las cuatro, entró en su estudio á las siete. La doncella de Marietta, no encontrando en la boardilla al hermano de su señorita, bajó al estudio y fué recibida por Desroches á quien naturalmente presentó el recado.

—¿Son asuntos del estudio?—preguntó el principal, soy M. Desroches.

—Vedlo, señor,—dijo la doncella.

Desroches abrió la carta y la leyó. Viendo en ella un billete de quinientos francos, entró de nuevo en su despacho, furioso contra su segundo escribiente. A las siete y media oyó á Godeschal que dictaba á otro primer escribiente la notificación del fallo, y algunos instantes despues el bueno de Godeschal entró triunfante en el despacho de su principal.

—¿Es Oscar Husson quien ha ido esta mañana á ver á Simon?—preguntó Desroches.

—Sí, señor,—respondió Godeschal.

—¿Quién, pues, le ha dado el dinero?—interrogó el procurador.

—Vos, el sábado,—dijo Godeschal.

—Por lo visto, llueven billetes de quinientos francos!—exclamó Desroches. Mirad, Godeschal, sois un excelente muchacho; pero el pequeño Husson no merece tanta generosidad. Aborrezco á los imbéciles, pero aborrezco todavía más á los que cometen faltas, á pesar de los cuidados paternos que se les prodigan.

Entregó á Godeschal la carta de Marietta y el billete de quinientos francos que ella le enviaba.

—Perdonadme, si la he abierto,—prosiguió, la doncella de vuestra hermana me ha dicho que eran asuntos del estudio. Despedireis á Oscar.

—El desdichado me da un gran disgusto!—dijo Godeschal. Ese bribonazo de Jorge Marest es su genio malo, debe huir de él como de la peste, porque ya no sé de que sería causa á un tercer encuentro.

—¿Cómo así?—dijo Desroches.

Godeschal refirió sucintamente la mistificación del viaje á Presles.

—Ah!—dijo el procurador, hace tiempo que José Bridau me ha hablado de esa farsa; á ese encuentro hemos debido el favor del conde de Sérisy para su señor hermano.

En este momento apareció Moreau, porque existia un asunto importante para él en la sucesion Vandenesse. El marqués queria vender al por menor la tierra de Vandenesse, y el conde su hermano se oponia á ello. El corredor de bienes recibió, pues, el primer bombardeo de las justas quejas, de los pronósticos siniestros que Desroches fulminó contra su ex-escribiente, y ellos dieron por resultado en la opinion del más ardiente protector de este desgraciado niño, que la vanidad de Oscar era incorregible.

—Hacedle abogado,—dijo Desroches, no le falta sino la licenciatura; y en esa carrera quizás sus defectos se convertirán en cualidades.

Entonces Clapart, que había caido enfermo, se hallaba cuidado por su mujer, tarea penosa, deber sin ninguna recompensa. El empleado atormentaba á esta pobre criatura que hasta entonces había ignorado los atroces enfados y venenosas terquedades que en la entrevista de todo un dia se permite un hombre imbecil á medias, y al cual la miseria ponía solapadamente furioso. Encantado de clavar un acerado puñal en el sensible corazon de esta pobre madre, había adivinado hasta cierto punto las aprensiones que el porvenir, la conducta y los defectos de Oscar inspiraban á la infeliz mujer. En efecto, cuando una madre

ha recibido de su hijo un disgusto semejante al del asunto de Presles, experimenta continuas zozobras, y en la manera con que su mujer elogiaba á Oscar, cada vez que éste obtenia un triunfo, Clapart reconocia la extension de las inquietudes secretas de la madre y las despertaba de intento.

—En fin, Oscar se porta mejor de lo que yo esperaba; bien lo decia: su viaje á Presles no era más que una inconsecuencia de la juventud. ¿Qué jóven no ha cometido faltas? Ese pobre niño soporta heroicamente privaciones que no hubiese conocido en vida de su padre. Quiera Dios que sepa refrenar sus pasiones!... etc., etc.

Ahora bien, mientras ocurrían tantas catástrofes en la calle de Vendôme y en la de Béthisy, Clapart, sentado en el rincón del fuego, envuelto en una mala bata, miraba á su mujer, ocupada en hacer todo junto en la chimenea del dormitorio, el caldo, la tisana de Clapart y el almuerzo para ella.

—Dios mio! quisiera saber como ha terminado el día de ayer! Oscar debía almorzar en el Rocher de Cancale y luego ir por la noche á casa de una marquesa....

—Oh! tranquilizaos, tarde ó temprano se descubrirá *el pastel*,—le dijo su marido. ¿Creeis por ventura en esa marquesa? Vaya! un jóven como Oscar que despues de todo tiene sentidos, y gustos caros, encuentra marquesas españolas, á peso de oro? Cualquiera caerá en vuestros brazos, lleno de deudas....

—Ya no sabeis que inventar para desesperarme! —exclamó Mme. Clapart. Os habeis quejado de que mi hijo se comia vuestro sueldo y jamás os ha costado

un céntimo. Hace dos años que no teneis el menor pretexto para censurar á Oscar, le veis ahora segundo escribiente, su tío y M. Moreau cuidan de todo, y tiene además ochocientos francos de honorarios. Si tenemos de que vivir durante la vejez, se lo deberemos á ese querido niño. En verdad, sois injusto.

—Llamais injusticia á mi prevision,—contestó ásperamente el enfermo.

En este momento llamaron á la puerta con viveza. Mme. Clapart corrió á abrir y permaneció en la primera pieza con Moreau, que venia á suavizar el golpe que la nueva ligereza de Oscar debia asestar á su pobre madre.

—¡Es decir que ha perdido el dinero del estudio! —exclamó Mme. Clapart llorando.

—Eh, no os lo decia?—prorumpió Clapart que apareció como un espectro á la puerta del salón adonde la curiosidad le habia atraído.

—¿Pero qué es lo que vamos á hacer con él?—preguntó Mme. Clapart, á quien el dolor hacia insensible á esta picadura de su marido.

—Si fuese hijo mio,—respondió Moreau, le veria tranquilamente entrar en quinta, si le tocase un mal número, no le pagaria un sustituto. Esta es la segunda vez que vuestro hijo comete necesidades por vanidad. Pues bien, la vanidad le inspirará tal vez acciones ruidosas que le recomendarán en esa carrera. Además, seis años de servicio militar pondrán plomo en su cabeza; y como sólo le falta graduarse, no será tanta desgracia la de verse abogado á los veinte y seis años, si quiere continuar la carrera del foro, despues de pagar, como suele decirse, la contribucion

de sangre. Esta vez al menos habrá sido castigado severamente, habrá adquirido experiencia y contraído el hábito de la subordinación. Antes de hacer su práctica en la Audiencia la habrá hecho en la vida.

—Si tal es vuestra sentencia para un hijo,—dijo Mme. Clapart, veo que el corazón de un padre no se parece en nada al de una madre. ¡Soldado mi pobre Oscar!

—¿Preferís verle arrojarse de cabeza al Sena, después de haber cometido una acción deshonrosa?... No puede ser procurador, os parece bastante discreto para hacerle abogado?... La disciplina al menos os le conservará....

—¿No puede colocarse en otro estudio? Su tío Cardot le pagará seguramente el sustituto, él le dedicará su licenciatura.

Entonces el ruido de un fiacre, en el cual venía todo el moviliario de Oscar, anunció al desgraciado joven que no tardó en presentarse.

—Ah! eres tú, señor Lindo-Corazón?—exclamó Clapart.

Oscar abrazó á su madre y tendió á Moreau una mano que éste rehusó estrechar. Oscar respondió á este desprecio con una mirada á la cual el reproche dió una audacia que no se le conocía.

—Oid, señor Clapart,—dijo el niño, ya hombre, martirizais como un demonio á mi pobre madre, y estais en vuestro derecho; es, por su desgracia, vuestra mujer. En cuanto á mí, ya es otra cosa; soy mayor de edad hace algunos meses; ahora bien, no tenéis el menor derecho sobre mí, aún cuando fuese menor. Jamás os han pedido nada! Gracias á este ca-

ballero que veis aquí, no os he costado un céntimo, no os debo ningún género de gratitud; así, dejadme en paz.

Al oír este apóstrofe, Clapart ganó de nuevo su butaca al amor de la lumbre. La lógica del segundo escribiente y la cólera interna del joven de veinte años, que acababa de recibir una lección de su amigo Godeschal, impusieron perpétuo silencio á la imbecilidad del enfermo.

—Una irreflexión á la que hubiérais sucumbido como yo, cuando teníais mi edad,—dijo Oscar á Moreau, me ha hecho cometer una falta que Desroches encuentra grave y que es sólo un pecadillo. Más siento haber tomado á Florentina de la Gaité por una marquesa, y á unas actrices por mujeres de calidad, que haber perdido mil quinientos francos en medio de un leve desorden, en donde todos, hasta el mismo Godeschal, se hallaban en las viñas del Señor. Esta vez al menos no me he perjudicado más que á mí mismo. Héme aquí corregido. Si quereis ayudarme, señor Moreau, yo os juro que los seis años durante los cuales debo continuar siendo escribiente, antes de poder adquirir un estudio, se pasarán sin....

—Alto ahí,—dijo Moreau, tengo tres hijos y no puedo comprometerme á nada....

—Bien, bien,—dijo á su hijo Mme. Clapart, dirigiendo una mirada de reproche á Moreau, tu tío Cardot...

—Ya no hay tío Cardot,—respondió Oscar, que refirió la escena de la calle de Vendôme.

Mme. Clapart, sintiendo sus piernas vacilar bajo el peso de su cuerpo, fué á caer aterrada sobre una silla del comedor.

—¡Todas las desgracias de un golpe!—dijo perdiendo el conocimiento.

Moreau tomó en brazos á la desventurada madre y la llevó á la cama del dormitorio. Oscar permanecía inmóvil y como herido del rayo.

—No tienes más remedio que sentar plaza,—dijo el corredor de fincas, volviendo al lado de Oscar. Se me figura que ese necio de Clapart no vivirá tres meses, tu madre quedará sin un céntimo, ¿no debo reservar para ella el poco dinero de que puedo disponer? Hé ahí lo que me era imposible decirte delante de tu madre. Soldado, no carecerás de pan, y reflexionarás sobre la vida, tal como ella es para los niños sin fortuna.

—Puedo sacar un número alto,—dijo Oscar.

—¿Y despues? Tu madre ha cumplido bien sus deberes de tal para contigo: te ha dado educacion, te habia colocado en el buen camino, acabas de salirte de él, ¿qué intentarás? Sin dinero, lo sabes ya, nada es posible; y tú no eres hombre capaz de abrazar un oficio, quitándote la levita y vistiendo la chaqueta del operario ó del obrero. Además, tu madre te ama, ¿quieres matarla? Moriria al verte caer tan abajo.

Oscar se sentó y no contuvo sus lágrimas que corrieron en abundancia. Ahora comprendia este lenguaje, tan ininteligible para él cuando su primera falta.

—Las gentes sin fortuna deben ser perfectas!—dijo Moreau, sin sospechar la profundidad de esta cruel sentencia.

—Mi suerte no quedará mucho tiempo indecisa, la aplazo hasta pasado mañana,—respondió Oscar. De aquí á entonces decidiré mi porvenir.

Moreau, desconsolado á pesar de su severidad, dejó

sumida en la desesperacion á la familia de la calle de la Cerisaie. Al cabo de tres dias, Oscar sacó el número veinte y siete. Interesándose por este pobre muchacho, el antiguo administrador de Presles tuvo el valor de ir á solicitar la proteccion del señor conde de Sérisy para hacer entrar á Oscar en la caballeria. Ahora bien, el hijo del ministro de Estado, habiendo sido clasificado entre los últimos al salir del Colegio Politécnico, habia por favor entrado de subteniente en el regimiento de caballeria del duque de Maufrigneuse. Oscar tuvo, pues, en medio de su desgracia, la insignificante fortuna de hallarse, por recomendacion del conde de Sérisy, incorporado á este hermoso regimiento, con la promesa de ser ascendido á furriel al cabo de un año. De manera que la casualidad puso el ex-escribiente á las órdenes del hijo de M. de Sérisy. Habiendo desfallecido durante algunos dias, tan vivamente la hirieron estas catástrofes, Mme. Clapart se dejó devorar por ciertos remordimientos que se apoderan de las madres cuya conducta ha sido ligera en otro tiempo y que en su vejez se sienten inclinadas al arrepentimiento. Se consideró una criatura maldita. Atribuyó las miserias de su segundo matrimonio y las culpas de su hijo á una venganza de Dios que le hacia expiar las faltas y los placeres de su juventud. Esta opinion se convirtió bien pronto para ella en seguridad. La pobre madre fué á confesarse por primera vez despues de cuarenta años, con el vicario de S. Pablo el abate Gaudron, que la inició en las prácticas de la devocion. Pero un alma tan maltratada y tan amante como la de Mme. Clapart, debia hacerse simplemente piadosa. La antigua Aspasia del Directorio qui-



so borrar sus pecados para atraer las bendiciones de Dios sobre la cabeza de su pobre Oscar; en breve, pues, se entregó á los ejercicios y á las obras de la piedad más viva. Creyó haber atraído la atención del cielo, cuando hubo conseguido salvar á M. Clapart, quien, gracias á sus cuidados, vivió para atormentarla; pero en las tiranías de este espíritu débil ella quiso ver pruebas impuestas por la mano que acaricia castigando. Además, Oscar se portó tan perfectamente, que en 1830 era cuartel-maestre en la compañía del vizconde lo que equivalía al grado de subteniente de línea, por pertenecer á la guardia real el regimiento del duque de Maufrigneuse. Entonces Oscar Husson tenía veinticinco años. Como quiera que la guardia real se hallaba siempre de guarnición en París ó en un radio de treinta leguas de la capital, iba á ver á su madre de cuando en cuando y le confiaba sus dolores, porque tenía bastante buen sentido para comprender que jamás sería oficial. En aquella época los grados de la caballería eran poco más ó menos devueltos á los hijos menores de las familias nobles, y las personas cuyo apellido no iba precedido de una partícula, ascendían con dificultad. Toda la ambición de Oscar se reducía á salirse de la guardia y ser nombrado subteniente en un regimiento de caballería de línea. En febrero de 1830, Mme. Clapart obtuvo por medio del abate Gaudron, ya cura párroco de San Pablo, la protección de S. A. la Delfina, y Oscar fué ascendido á subteniente.

Por más que el ambicioso Oscar parecía excesivamente fiel á los Borbones, en el fondo de su corazón era liberal. De manera que en la batalla de 1830, se

pasó á las filas del pueblo. Esta deserción, que tuvo una importancia debida al punto en que se verificó, atrajo sobre Oscar la atención pública. En la exaltación del triunfo, por agosto, Oscar, ascendido á teniente, tuvo la cruz de la Legión de honor, y logró el empleo de ayudante de Lafayette, quien en 1832 le hizo obtener el grado de capitán. Cuando se destituyó de la jefatura de la guardia nacional del reino al partidario de la mejor república, Oscar Husson cuyo afecto hacía la nueva dinastía rayaba en fanatismo, fué colocado como jefe de escuadrón en un regimiento enviado al Africa, cuando la primera expedición emprendida por el príncipe real. El vizconde de Sérisy era teniente coronel en este regimiento. En el asunto de la Macta, donde fué preciso abandonar el campo á los árabes, M. de Sérisy cayó herido debajo de un caballo muerto. Entonces Oscar dijo á su escuadrón:

—Señores, es correr á la muerte, pero no debemos abandonar á nuestro coronel...

Cayó el primero sobre los árabes, y los suyos, electrizados, le siguieron. Los árabes, en medio de la primera sorpresa que les causó este ataque ofensivo y furioso, permitieron á Oscar apoderarse del vizconde al cual colocó sobre su caballo, huyendo al galope, por más que en esta proeza, intentada en medio de una horrible confusión, recibiera dos heridas de yatagan en el brazo izquierdo. La bella conducta de Oscar fué recompensada con la cruz de oficial de la Legión de honor y la promoción al grado de teniente coronel. Prodigó los cuidados más afectuosos al vizconde de Sérisy á quien su madre fué á buscar, y que,

como es sabido, murió en Tolon, á consecuencia de sus heridas. La condesa de Sérisy no habia separado á su hijo del que, habiéndoselo arrancado á los árabes, le cuidaba aún con tanto cariño. Oscar se hallaba tan gravemente herido, que el cirujano que la condesa destinaba á su hijo creyó necesaria la amputacion del brazo izquierdo.

El conde de Sérisy perdonó, pues, á Oscar sus necesidades del viaje á Presles, y aún se consideró su deudor, cuando hubo enterrado á este hijo, que habia llegado ser único, en la capilla del palacio de Sérisy.

Mucho tiempo despues del asunto de la Maeta, una anciana señora vestida de negro, dando el brazo á un hombre de treinta y cuatro años, y en el cual los transeuntes podian reconocer tanto más á un oficial retirado cuanto que le faltaba un brazo y llevaba en el ojal la cinta de la Legion de honor, estaban parados á las ocho de una mañana de mayo, junto á la puerta cochera del hotel del Leon de Plata, calle del arrabal Saint-Denis, esperando sin duda la partida de una diligencia. Ciertamente que Pierrotin, el empresario de los servicios del valle del Oise, al que servia pasando por Saint-Leu-Taverny y l'Isle-Adam hasta Beaumont, debia dificilmente ver en este oficial de piel bronceada al pequeño Oscar Husson que en otro tiempo habia llevado á Presles. Mme. Clapart, viuda al fin, estaba tan desconocida como su hijo. Clapart, una de las víctimas del atentado de Fieschi, habia servido más á su mujer con su muerte que con toda su vida. Naturalmente, el desocupado, el vagabundo Clapart, se habia estacionado *en su* boulevard del

Temple á ver pasar revista á *su* legion. La pobre devota habia, pues, sido incluida por mil quinientos francos de renta vitalicia en la ley decretada á favor de las víctimas, con motivo de aquella máquina infernal. El carruaje, al cual se enganchaban cuatro caballos tordos que hubieran honrado á las mensagerias reales, estaba dividido en cupé, interior, rotonda é imperial. Se parecia perfectamente á las diligencias llamadas Góndolas, que hoy sostienen la competencia en el camino de Versalles con los dos ferro-carriles. Ligera y sólida á un tiempo, bien pintada y bien conservada, forrada de fino paño azul, guarnecida de cortinas con dibujos moriscos, y de almohadones de tafílete encarnado, *La Golondrina de Oro* era capaz para diez y nueve viajeros. Pierrotin, aunque de cincuenta y seis años de edad, habia cambiado poco. Siempre vestido con su blusa, bajo la cual llevaba una levita negra, fumaba su pipa vigilando á dos factores con librea, que cargaban numerosos bultos en el vasto imperial de su carruaje.

—¿Están reservados vuestros asientos?—preguntó á Mme. Clapart y á Oscar, examinándoles como quien pide recuerdos á su memoria.

—Sí, dos asientos de interior á nombre de Belle-Jambe, mi criado,—respondió Oscar; ha debido tomarlos al partir, ayer por la tarde.

—Ah! el señor es el nuevo preceptor de Beaumont, dijo Pierrotin, sustituis al sobrino de M. Margueron...

—Sí,—dijo Oscar apretando el brazo de su madre que iba á tomar la palabra.

A su vez el oficial queria permanecer desconocido durante algun tiempo.

En este momento, Oscar se estremeció, oyendo la voz de Jorge Marest que gritó desde la calle:

—Pierrotin, teneis un asiento para mí?

—Se me figura que podriais llamarme señor Pierrotin, sin que por ello se os estropeará la garganta, —respondió vivamente el empresario de las diligencias del valle del Oise.

Sin el metal de voz, Oscar no hubiera podido conocer al mistificador que ya dos veces le había sido tan fatal. Jorge, casi calvo, no conservaba más que tres ó cuatro mechones de cabello encima de las orejas, y cuidadosamente enmarañados para disfrazar en lo posible la desnudez del cráneo. Una obesidad mal repartida, un vientre piriforme, alteraban las proporciones en otro tiempo tan elegantes del ex-hermoso jóven. De postura y talante casi innobles, con un cutis lleno de granos, unas facciones ordinarias y como vinosas, Jorge revelaba muchos desastres amorosos y una vida de desórdenes no interrumpidos. Los ojos habían perdido esa brillantez, esa viveza de la juventud, que los hábitos cuerdos ó estudiosos tienen el poder de conservar. Jorge, vestido como un hombre descuidado en el traje, llevaba un pantalon con trabillas, pero ajado, cuya hechura requería botas charoladas. Sus botas, de suela gruesa, mal limpiadas, contaban más de tres trimestres, cosa que en París equivale á tres años lo ménos. Un chaleco usado, una corbata vieja anudada con pretensiones, por más que fuese de seda, acusaban la especie de miseria oculta que puede sufrir un antiguo elegante. Jorge, en fin, á esta hora matinal aparecía de frac en vez de llevar levita, diagnóstico de una miseria verdadera! Este frac, que debía haber

estado en más de un baile, había pasado, como su dueño, de la opulencia que representaba en otro tiempo á un trabajo diario. Las costuras del paño negro ofrecían líneas blanquizas, el cuello estaba grasiento, el uso había cortado los extremos de las mangas á manera de colmillos. Y Jorge se atrevía á llamar la atención con unos guantes amarillos, á la verdad un poco sucios, en uno de los cuales se dibujaba en negro una sortija con un solitario. Al rededor de la corbata, pasada por un anillo pretencioso de oro, enredábase una cadena de seda, figurando cabello, y la cual sostenía sin duda un reloj. Su sombrero, aunque llevado con bastante arrogancia, revelaba, más que todos estos síntomas, la miseria del hombre cuyo estado no permite dar diez y seis francos á un sombrerero, cuando se ve obligado á vivir al día. El antiguo pretendiente de Florentina agitaba un baston con puño de plata cincelada, pero horriblemente estropeado. El pantalon azul, el chaleco de tela escocesa, la corbata de seda azul turquí, y la camisa de calicó rayado con franjas color de rosa, expresaban en medio de tantas ruinas, tal deseo de exhibirse, que este contraste constituía no solo un espectáculo, sino hasta una enseñanza.

—¡Y ese es Jorge!—se dijo interiormente Oscar; un hombre á quien he conocido rico con treinta mil libras de renta!...

—¿El señor de Pierrotin tiene todavía un asiento en el cupé?—respondió irónicamente Jorge.

—No, mi cupé lo ha tomado un Par de Francia, el yerno de M. Moreau, el señor baron de Canalis, su mujer y su suegra. Sólo me queda un asiento de interior.

—¡Diablo! no parece sino que bajo todos los gobiernos viajan los Pares de Francia en los carruajes de Pierrotin. Tomo el asiento del interior,—respondió Jorge, que se acordaba de la aventura de M. de Sérisy.

Dirigió á Oscar y á la viuda una mirada esrutadora, y no conoció al hijo ni á la madre. Oscar tenía el cutis tostado por el sol del Africa, sus bigotes eran excesivamente espesos y muy anchas sus patillas; su semblante arrugado y sus facciones pronunciadas armonizaban con su actitud marcial. Las insignias de oficial, el brazo manco, la severidad del traje, todo habria desorientado los recuerdos de Jorge, si éste hubiera conservado algun recuerdo de su antigua víctima. En cuanto á Mme. Clapart, á quien Jorge habia visto apenas en otro tiempo, diez años consagrados á los ejercicios de la más severa piedad la habian transformado. Nadie hubiera imaginado que esta especie de sor Canosa ocultaba una Aspasia de 1797. Un enorme viejo, vestido con sencillez, pero muy abrigado, y en el cual Oscar reconoció al padre Léger, llegó lenta y pesadamente; saludó con familiaridad á Pierrotin, quien pareció tratarle con el respeto debido en todos los países á los millonarios.

—Hola! es el padre Léger! cada vez con más preponderancia,—exclamó Jorge.

—¿A quien tengo el honor de dirigir la palabra?—preguntó el padre Léger, con sequedad.

—¡Cómo! no conoceis al coronel Jorge, al amigo de Alf-Pachá? Una vez viajamos juntos con el conde de Sérisy que guardaba el incógnito. Una de las necedades más usuales en las personas caídas, es la

de querer conocer á las gentes y que éstas les conozcan á ellos.

—Estais muy cambiado,—respondió el antiguo traficante en fincas, ya dos veces millonario.

—Nada hay estable,—dijo Jorge. Ved si la posada del Leon de Plata y el coche de Pierrotin se parecen á lo que eran hace catorce años.

—Pierrotin tiene ahora él solo las mensagerias del valle del Oise, y hace rodar hermosos carruajes,—respondió M. Léger. Es un rico de Beaumont, posee allí un hotel donde paran las diligencias, tiene una mujer y una hija que no son torpes....

Un anciano de unos setenta años bajó del hotel, y se reunió á los viajeros que esperaban el momento de subir al coche.

—Ea, pues, papá Reybert,—dijo Léger, no esperamos más que á vuestro grande hombre.

—Aquí le teneis,—dijo el administrador del conde de Sérisy, señalando á José Bridau.

Ni Jorge ni Oscar pudieron reconocer al ilustre pintor, porque ofrecia ese semblante descompuesto, tan célebre, y su continente revelaba la seguridad del triunfo. Adornaba su levita negra una cinta de la Legion de honor. Su traje, excesivamente rebuscado, indicaba una invitacion á alguna fiesta campestre. En este momento, un dependiente, con un papel en la mano, salió de un escritorio instalado en la antigua cocina del Leon de Plata, y se colocó delante del cupé vacío.

—M. y Mme. de Canalis, tres asientos!—gritó. Pasó al interior y nombró sucesivamente:

—M. Belle-Jambe, dos asientos; M. de Reybert,

tres asientos; M... ¿vuestro nombre?—dijo á Jorge.

—Jorge Marest,—respondió en voz baja el hombre venido á ménos.

El dependiente se dirigió hácia la rotonda, ante la cual se agolpaban amas de cria, campesinos y humildes tenderos, que se despedían unos de otros; después de haber amontonado á los seis viajeros, el dependiente llamó por sus nombres á cuatro jóvenes, que subieron á la banqueta del imperial, y dijo:

—¡Rodad!... por única orden de partida.

Pierrotin se colocó al lado de su conductor, un joven de blusa que gritó á su vez á sus caballos:

—¡Tirad!....

El coche, arrastrado por los cuatro caballos comprados en Roye, ganó al trote corto la subida de Saint-Denis; pero una vez llegado arriba de Saint-Laurent, pasó como una silla de posta hasta Saint-Denis, en cuarenta minutos. No se detuvieron en la posada de las *talmouses*, y tomaron á la izquierda de Saint-Denis el camino del valle de Montmorency. Al dar la vuelta fué cuando Jorge rompió el silencio que los viajeros habían guardado hasta allí, examinándose unos á otros.

—Se anda un poco mejor que quince años atrás, no es verdad, padre Léger?—dijo sacando un reló de plata.

—Tienen la amabilidad de llamarme señor Léger,—respondió el millonario.

—¡Si es nuestro *bromista* de mi primer viaje á Presles!—exclamó José Bridau. Y bien! habeis hecho nuevas campañas en Asia, Africa y América?—dijo el gran pintor.

—¡Voto á cribas! he hecho la Revolucion de julio, y es lo bastante, porque me he arruinado en ella....

—Ah! habeis hecho la Revolucion de julio,—dijo el pintor. Esto no me extraña, porque jamás he querido creer, como me decían, que se habia hecho sola.

—Como se vuelve á encontrar la gente,—dijo monsieur Léger, mirando á M. de Reybert. Mirad, papá Reybert, aquí teneis al escribiente de notario á quien habeis debido sin duda la administracion del patrimonio de la casa de Sérisy.

—Nos falta Mistigris, ahora ilustre con el nombre de Leon de Lora, y aquel jovencito bastante tonto para haber hablado al conde de las enfermedades de la piel, que á acabado por curarse, y de su mujer á la cual á acabado por abandonar para morir en paz,—dijo José Bridau.

—Tambien falta el señor conde,—dijo Reybert.

—Oh! yo creo,—prosiguió melancólicamente José Bridau, que el último viaje que haga será el de Presles á l'Isle-Adam, para asistir á la ceremonia de mi casamiento.

—Todavía pasea en carruaje por su parque,—respondió el viejo Reybert.

—¿Su mujer viene con frecuencia á verle?—preguntó Léger.

—Una vez al mes,—dijo Reybert. Sigue aficionada á Paris, en setiembre último ha casado á su sobrina, la señorita del Roble, en la cual ha puesto todas sus afecciones, con un joven polaco muy rico, el conde Laginski.....

—¿Y quién herederá los bienes de M. de Sérisy?—preguntó Mme. Clapart.

—Su mujer, que le enterrará,—respondió Jorge. La condesa se halla aún en muy buen estado para una mujer de cincuenta y cuatro años, es siempre elegante; y á cierta distancia ilusiona todavía.

—Os ilusionará por mucho tiempo,—dijo entonces Léger, que parecía querer vengarse de su mistificador.

—La respeto,—dijo Jorge al padre Léger. Pero á propósito, ¿qué ha sido de aquel administrador que fué destituido entonces?...

—¿Moreau?—prosiguió Léger; si es diputado del Oise.

—Ah! es el famoso *centralista*! Moreau del Oise,—dijo Jorge.

—Sí, prosiguió Léger, el *señor* Moreau del Oise. Algo más que vos ha trabajado en la Revolución de julio, y ha concluido por comprar la magnífica posesion de Pointel, entre Presles y Beaumont.

—Oh! al lado de su administrado, junto á su antiguo señor, es de muy mal gusto,—dijo Jorge.

—No habéis tan alto,—dijo M. de Reybert, porque Mme. Moreau y su hija la baronesa de Canalis, lo mismo que su yerno, el ex-ministro, vienen en el cupé.

—Pero qué dote ha dado, pues, para casar á su hija con nuestro gran orador?

—Unos dos millones, poco más ó ménos,—dijo el padre Léger.

—Le gustaban los millones,—prosiguió Jorge, sonriendo, y en voz baja; principiaba su pacotilla en Presles.

—Ni una palabra más acerca de M. Moreau!—ex-

clamó vivamente Oscar. Se me figura que debiérais haber aprendido á callar en los carruajes públicos.

José Bridau miró al oficial manco, durante algunos segundos, y exclamó:

—El señor no es embajador, pero su insignia nos dice lo bastante que ha hecho carrera, y de una manera noble, porque mi hermano y el general Girondeau os han citado muchas veces en sus informes.

—¿Oscar Husson?—exclamó Jorge. A fe mía! á no ser por la voz no os hubiera conocido.

—Ah! es ese caballero quien ha arrancado tan valerosamente al vizconde Julio de Sérisy de manos de los árabes?—preguntó Reybert, y para quien el conde ha conseguido la recaudacion de impuestos de Beaumont, esperando el nombramiento de la de Pontoise?....

—Sí, señor,—respondió Oscar.

—Y bien!—dijo el gran pintor, tendreis la amabilidad, caballero, de asistir á mi casamiento en l'Isle-Adam.

—¿Con quién os casais?—preguntó Oscar.

—Con Mlle. Léger,—respondió el pintor, la nieta de M. de Reybert. Es un matrimonio que el señor conde ha tenido la bondad de prepararme; le debia ya mucho como artista, y antes de morir ha querido ocuparse de mi fortuna, en la cual yo no pensaba.

—Conque el padre Léger es casado...—dijo Jorge.

—Con mi hija, y sin dote,—respondió M. de Reybert.

—¿Ha tenido familia?

—Una niña. Es lo bastante para un hombre que se ha visto viudo y sin hijos,—respondió el padre Lé-

ger. Lo mismo que Moreau, mi socio, tendré por yerno á un hombre célebre.

—¿Y,—dijo Jorge, tomando un aire casi respetuoso hácia el padre Léger, seguis habitando en l'Isle-Adam?

—Sí, he comprado Cassan.

—Pues bien, me alegro de haber elegido este día para *hacer* el valle del Oise—dijo Jorge. Podeis serme útiles, caballeros.

—¿En qué?—preguntó M. Léger.

—Ah! vedlo,—respondió Jorge. Estoy empleado en la Esperanza, una sociedad que acabá de fundarse, y cuyos estatutos van á ser aprobados por una real orden. Este instituto da al cabo de diez años dotes á las doncellas, rentas vitalicias á los ancianos; paga la educacion de los niños; se encarga, en una palabra, de la fortuna de todo el mundo.....

—Lo creo,—dijo sonriendo el padre Léger. Más claro, sois corredor de seguros sobre la vida?

—No, señor, soy inspector general, encargado de establecer los corresponsales y agentes de la sociedad en toda la Francia, y funciono esperando la eleccion de los agentes, porque es una cosa tan delicada como difícil la de hallar agentes honrados.

—¿Pero cómo habeis perdido vuestras treinta mil libras de renta? preguntó Oscar á Jorge.

—De la misma manera que vos habeis perdido vuestro brazo,—contestó con sequedad el antiguo escribiente de notario al antiguo escribiente de procurador.

—Por lo visto habeis llevado á cabo alguna accion

ruidosa, con vuestra fortuna?—dijo Oscar con áspera ironía.

—¡Cáscaras! Por desgracia he hecho sobradas acciones, las tengo para vender.

Habian llegado á Saint-Len-Taverny, donde todos los viajeros se apearon, mientras se cambiaba de tiro. Oscar admiró la destreza que desplegaba Pierrotin al desenganchar los tirantes de las boleas, en tanto que su conductor quitaba las riendas á los caballos delanteros.

—Ese pobre Pierrotin, pensó, ha progresado, como yo, poco en la vida. Jorge ha caido en la miseria. Los demás, gracias á la especulacion ó al talento, todos han hecho fortuna..... Almorzamos aquí, Pierrotin?—preguntó en alta voz Oscar, dando un golpecito en la espalda del ordinario.

—Yo no soy el conductor,—dijo Pierrotin.

—Quién sois, pues?—preguntó el coronel Husson.

—El empresario,—respondió Pierrotin.

—Vaya, no os incomodeis con antiguos amigos,—dijo Oscar señalando á su madre y sin separarse de su protector. ¿Ya no conoceis á Mme. Clapart?

Fué tanto más bella de parte de Oscar la presentacion de su madre á Pierrotin, cuanto que en aquel momento Mme. Moreau del Oise, habiéndose apeado del cupé, miró desdeñosamente á Oscar y á su madre al oír este nombre.

—A fe mía, señora, que jamás os hubiera reconocido, ni á vos tampoco, caballero. Parece que en Africa *se bate bien el cobre?*....

La especie de compasion que Pierrotin inspiraba á Oscar, fué la última falta que la vanidad hizo cometer

al héroe de esta escena, y tampoco por ella dejó de ser castigado, pero con bastante suavidad. Hé ahí como. Dos meses despues de su instalacion en Beaumont-sur-Oise, Oscar hacia la corte á la señorita Georgina Pierrotin, cuyo dote ascendia á ciento cincuenta mil francos, y entregó su mano á la hija del empresario de las mensagerias del Oise, á fines del invierno de 1838.

La aventura del viaje á Presles habia dado discrecion á Oscar, la *soirée* de Florentina habia asegurado su probidad, las fatigas de la carrera militar le habian enseñado la gerarquia social y la resignacion al destino. Habiendo llegado á poseer cordura y discrecion, fué venturoso. Antes de su muerte, el conde de Sérisy obtuvo para Oscar la recaudacion de Pontoise. La proteccion de M. Moreau del Oise, la de la condesa de Sérisy y del señor baron de Canalis, que tarde ó temprano será ministro, aseguran una recaudacion general á M. Husson, en quien la familia Camusot reconoce ya un pariente. Oscar es un hombre ordinario, dulce, sin pretensiones, modesto, y manteniéndose siempre, como su gobierno, en un justo medio. Ni excita la envidia, ni el desden. Es, en una palabra, el tipo de la moderna clase media.

Paris, Febrero de 1842.

FIN.



